

Desdichas del insecto **CUCURUCU!** por Palop

Un pez travieso VOY A VER LO QUE PESCO

SE QUEDO DORMIDO, Y ENTONCES... VOY A GAS-TARLE UNA BROMA HUMEDA

EN EL RIO; PERO COMO NO PICABAN... ENGRANCHADO EL ANZUELO EN LA POPA QUEDA ACABADA MI OPERACION

¡CARAMBA! ¡ME HABIA QUEDADO DORMIDO! ¿HABRA PICADO ALGUNO?

Y CUCURUCU SE DIO UN BAÑO: PESCANDO AQUEL DIA UN SOBERBIO AQUEL DIA UN COSTIPADO

¡Palop

AT... AT... AT... ¡CHISS!

Fin

CHISTE
 --Oiga: el término no hace mas que subir y bajar...
 --No puede ser: ¿Dónde lo has puesto?
 --En el ascensor.
 Francisco E. Fernández Sebastián. — Gijón.



COLONIZACION MANTIL



Antonio Belver (Valencia).—Admitidos tus dos chistes con sus correspondientes dibujos; los verás publicados en un número próximo.

M. Jacinto Ripull (Barcelona).—Tus dibujos vienen en color, por cuya razón no puedo publicarlos.

Fortunato Redondo (Valencia).—Publicaré alguno de tus dibujos.

Emilio González Mena (Valencia).—Te publicaré algún trabajo de los que me mandas.

Francisco Navarro (Valencia).—Me sirve uno de tus dibujos, que verás publicado.

Vicentia Luna Pérez (Valencia).—Publicaré uno de tus dibujos. Continúa mandándome dibujos y ya verás como alguno de ellos podrá publicarlo en el Album de Honor, como deseas.

María Crespo Calvo (Valencia).—Quedas admitida como colaboradora de nuestro Suplemento y te publico tu colmo. Mandas más cosas, que a mí me alegro mucho tener amigas como tú.

Leon Sanjuan (Valencia).—Eres una colaboradora muy asidua y eso me alegro mucho. De tu última revista selección dos dibujos y un chiste, que que publicaré.

Francisco Sánchez Navarro (Valencia).—Admitidos tus colmos y adivanzas, se publicarán.

Antonio Ubeda (Valencia).—Publicaré tu dibujo.

J. Harris (La Coruña).—Verás publicado uno de tus chistes.

Francisco Serrano (Valencia).—Aunque es un poco tarde, porque hasta ahora no le ha correspondido el turno a tu carta, te contesto, y para tu tranquilidad te digo que el número 242 de la lista de solicitantes del VII Concurso, sí que eres tú, solo que por un error involuntario apareció el apellido equivocado.

Ana María Mompó (Valencia).—Claro que quiero que seas amiga mía! La prueba es que voy a publicar tus colmos, que me han gustado mucho.

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un colaborador de EL PEQUE?
—Mandar dibujos a lápiz.
—María Crespo Calvo, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de los tonos?
—Hacerse pasar por listos.
—Finita Estéve, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un zapatero?
—Hacer un zapato al pie de una carra.
—Ernesto Velert, Grao (Valencia).

—¿Cuál es el colmo de un asesino?
—Asesinarse a sí mismo.
—Francisco Sánchez Navarro, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un estudiante?
—Estudiar lo que ya sabe.
—Finita Estéve, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un aviator?
—Salir de joven y llegar a viejo.
—Ana María Mompó, 11 años, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un director de orquesta?
—Dirigir una orquesta de erillos.
—Francisco Sánchez Navarro, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un bombero?
—Apagarle los humos a un orgulloso.
—Ana María Mompó, 11 años, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un músico?
—Que no sepa tocar.
—Ernesto Velert, Grao (Valencia).

—¿Cuál es el colmo de un profesor?
—Que le diga un pelo a otro pelo.
—¿Qué le dijo...?
—¿Qué le dijo...?
—¿Qué par de frescos!
—Francisco Mompó, 12 años, Valencia.

—¿Qué le dijo el alumno al profesor?
—La alumna está llena de hidrogeno y oxigeno, y la tierra de gasesenos.
—Manuel Martínez Catalán, 10 años (Valencia).

CHISTES

Una señora caritativa está visitando una cárcel.
—¿Por qué está usted encarcelado aquí—le pregunta a un preso.
—Porque no tengo la llave.
—Emilio Frejo Abegón, 11 años (Valencia).

—Oye, Juan: ¿me peñas prestar cinco pesetas?
—Lo siento, chico; sólo tengo dos.
—¿Pues déjame las dos y me deberás tres.
—Emilio Frejo Abegón, 11 años (Valencia).

Diga doctor: ¿qué hace usted cuando está consultado?
—Señora, es natural: ¡Hago lo que todo el mundo! Toser y estornudar.

J. Harris
14 años, La Coruña

¿QUE LE DIJO?

—¿Qué le dijo un pelo a otro pelo?
—¿Qué le dijo...?
—¿Qué par de frescos!
—Francisco Mompó, 12 años, Valencia.

—¿Qué le dijo el alumno al profesor?
—La alumna está llena de hidrogeno y oxigeno, y la tierra de gasesenos.
—Manuel Martínez Catalán, 10 años (Valencia).

—¿Cuál es el colmo de un dentista?
—Construir un puente encima de un río.
—Ana María Mompó, 11 años, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un perro?
—Casarse con una hormiga.
—Finita Estéve, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un director de orquesta?
—Dirigir una orquesta de erillos.
—Francisco Sánchez Navarro, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un bombero?
—Apagarle los humos a un orgulloso.
—Ana María Mompó, 11 años, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un aviator?
—Salir de joven y llegar a viejo.
—Ana María Mompó, 11 años, Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un músico?
—Que no sepa tocar.
—Ernesto Velert, Grao (Valencia).

—¿Cuál es el colmo de un profesor?
—Que le diga un pelo a otro pelo.
—¿Qué le dijo...?
—¿Qué le dijo...?
—¿Qué par de frescos!
—Francisco Mompó, 12 años, Valencia.

—¿Qué le dijo el alumno al profesor?
—La alumna está llena de hidrogeno y oxigeno, y la tierra de gasesenos.
—Manuel Martínez Catalán, 10 años (Valencia).

ADIVINANZAS

—¿En qué se parece una mujer que pega y una abeja?
—En que las dos zumban.
—Ana María Mompó, 11 años, Valencia.

—¿En qué se parece un elefante a una monja?
—No lo sé.

—¿En que ninguno de los dos se puede subir a un árbol.
—La monja, sí.
—Pero la que decía yo estaba muerta.
—Manuel García, 9 años, Valencia.

—¿Qué le dijo el niño a su madre?
—Mi nacimiento fué verde; negra mi inocencia; visita romme de blanco para poderme quemar.
—Solución: El cigarro.
—Francisco Sánchez Navarro, 11 años, Valencia.



LA JIRAFIA BLANCA

(Continuación)

—No, señor. Pasó ayer noche a trescientos pasos del carro y pudimos verla distintamente.

—¿Y no la habéis seguido?
—Hicimos fuego, sin tocarla. La manada galopaba con tanta rapidez, que desapareció antes de que hubiésemos podido rastrear los caballos.

—¿Y había donde huyes?
—Al bosque, ¿verdad?
—De dónde venía?
—De un estancque que se agrieta a aquel sitio.

—Supongo que debe ir a girivar a aquel sitio.
—Doctor—exclamó William—La jirafa blanca, tarde o temprano, caerá en nuestras manos.

—Pero, señor, ¿no la has visto?—preguntó Kambusi que parecía sorprendido.

—No.
—¿Y por qué no volvísteis al carro? Creí que la habríais encontrado y huíría delante de vosotros.

—Nos hemos atrevido, Kambusi.

—En efecto, siguiendo vuestras huellas, he visto que habías descrito mil diversos giros, ora comprendiendo la marcha a levantar, ora a ponerla que nos hayas encontrado—dijo el doctor.—No sabemos ya como volver al carro.

—¿Estamos muy lejos?—preguntó William.

—Lo menos cinco horas de camino—respondió Kambusi.

—¿Has tratado la jirafa?
—Sí.

—¿Sabes donde ha ido la jirafa blanca?
—Lo sé aproximadamente.

—Cuantos por aquella parte. Puede que la encuentremos.

—Entonces demos la vuelta hacia poniente y caminemos en silencio—dijo Kambusi.

—Los dos alemanes vacilaron el frasco del negro que estaba lleno de agua mezclada con ron y se pusieron en camino.

LAS JIRAFAS

CAPITULO XVI

Kambusi, después de haberse orientado, se puso a la cabeza, cortando las ramas espinosas que impedían el paso y podían herir a sus ojos.

William y el doctor le seguían de cerca, llevando las carabinas bajo el brazo y mirando hacia todas partes para ver si lograban descubrir la famosa jirafa blanca que Kambusi aseguraba haber visto la noche antes.

El bosque comenzaba a enrarecerse. Atravesado un espeso bosque espinoso, los árboles parecían menos numerosos, y de vez en cuando se veían claras herposas, donde era posible que las jirafas se detuviesen a palear.

William y Kambusi se detuvieron con frecuencia para examinar el terreno. Estaban ciertos de encontrar las huellas de aquellos animales en aquella tierra casi descubierta.

El negro se perdía por ese la dirección. A cada momento miraba la brújula y se orientaba rápidamente mediante el di- rigirse hacia donde suponía se hubiesen encaminado la jirafa y su tropa.

Estaban para llegar a un riachuelo que cortaba por la mitad del inmenso bosque, cuando el negro se detuvo brusca- mente, diciendo:

—Señor, he aquí las huellas.

En el terreno húmedo veíanse claramente las señales de las pezuñas.

—¿Habrá pasado por ahí la blanca?—preguntó el doctor.

—La blanca guía una manada numerosa; ¿no es verdad, Kambusi?—preguntó William.

—Sí, señor.

—Y por lo tanto, no es improbable que haya pasado por aquí.

—Así lo pienso también, y quisiera darte un consejo que me parece bueno.

—Habla, Kambusi.

—Sigamos estas huellas.

—¿Te parecen frescas?
—Son recientes.

—¿Habrá vuelto atrás la jirafa blanca?—preguntó el doctor.

—Lo supongo, señor—respondió Kambusi.

—¿Sigamos, pues, estas huellas—dijo William—. Tal vez ese singular animal frecuente estos lugares.

(Continuara.)

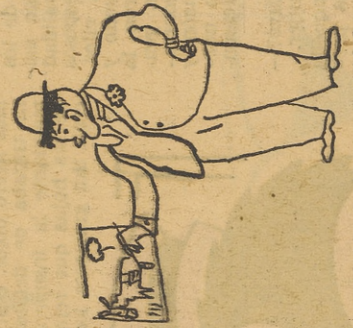
¡REVOLTILLO!

RECOCIENDO PARA LA FALLA

Curiosidades

Una armadura de guerrero completa, pesa de veintinueve a cincuenta kilos.

Si el fuego se está apagando, se reanimará echándole un trozo de cáscara seca de naranja.



Alfredo Luis Hueso Vidal
8 años, Burjasot



Hernández, Mermelo
-73.

La pieza que desaparece en un vaso

Luego levantada de prisa el pañuelo y se verá que no hay pieza ninguna. La pieza marcada podrás hacer que reaparezca en el sitio que querás. Y este juego os hará pasar un rato muy distraído.



Atad una pieza de niquel P a un hilo F sujeto a un pañuelo M (fig. 1). Aparte, hazed marcar otra pieza semejante R (fig. 2) y ponedia en un vaso G (fig. 3). Anunciad que la hareis desaparecer. Cubriendo el vaso con el pañuelo, coged la pieza marcada y escamoteadla en la mano; moved el vaso para el que suene la otra pieza y el público crea que es aquella.

El crítico y el Rey

Luis XIV presentó a Boleau unos versos que había escrito, pidiéndole su opinión sobre ellos.

—Señor —le contestó el famoso crítico y poeta—, nada hay imposible para vuestra majestad... Ha querido hacer malos versos y los ha hecho.

Un buen fresco

Vistaba cierto embajador el Palacio Real, guiado por Fernando VII, en una mañana grandísima de invierno. Para que el visitante viera mejor los cuadros, el Rey abrió una ventana, por donde se coló un aire bastante frío.

—Mirad, mirad qué fresco tan hermoso! —le decía el soberano.

Y el embajador, preocupado con el airecito, le contestó:

—Señor! El fresco es hermoso, pero nos va a regalar una pulmonía.

La pieza que desaparece en un vaso

Luego levantada de prisa el pañuelo y se verá que no hay pieza ninguna. La pieza marcada podrás hacer que reaparezca en el sitio que querás. Y este juego os hará pasar un rato muy distraído.

Atad una pieza de niquel P a un hilo F sujeto a un pañuelo M (fig. 1). Aparte, hazed marcar otra pieza semejante R (fig. 2) y ponedia en un vaso G (fig. 3). Anunciad que la hareis desaparecer. Cubriendo el vaso con el pañuelo, coged la pieza marcada y escamoteadla en la mano; moved el vaso para el que suene la otra pieza y el público crea que es aquella.



Este Mario es el diablo en persona. ¿Pues no se le ha ocurrido colocar a una hamaca en el cuello de su jirafa y obligar al animal a que le pasee mientras él toma la siesta? Esto será muy cómodo para él, pero resulta muy molesto para la jirafa. El manso animal piensa que aquello es abusar de su paciencia y que todo tiene su límite. Y al pasar ante un cubo lleno de agua, sumerge a Mario en un baño.

AVISO

Se advierte a nuestros lectores, que el próximo jueves, día 22, festividad de Jueves Santo, no se publicará EL PEQUE, aplazándose su aparición hasta el sábado, día 24 del actual.

Publicaré, entre otros originales de interés, un cuento educativo titulado «Paquin, el descontento», y una nueva aventura, del «Mago Cosquillas», aparte de las habituales secciones de colaboración infantil, revoltillo y la continuación de la novela de aventuras de Emilio Sagari, «La Jirafa Blanca».

No dejéis de adquirir vuestro número de EL PEQUE, el próximo sábado, día 24!

Curiosidades matemáticas

Si tú, lectorcito, dices a un amigo tuyo que eres capaz de escribir el resultado de una suma antes de conocer los sumandos, es muy probable que te diga que es imposible. Y no solamente no es imposible, sino que resulta muy sencillo, sólo con que se cumplan las condiciones siguientes: Que la suma tenga cinco sumandos, que todos tengan el mismo número de cifras y que tú te reserves el derecho a escribir dos de ellos (el tercero y el quinto).

Para saber el resultado de la suma, bastará con escribir a la izquierda del primer sumando un número 2 y restar dos unidades del número resultante.

Y los sumandos tercero y quinto los hallarás solo con tomar el segundo y el cuarto, y sustituir cada una de sus cifras por lo que le falta para valer 9.

Un ejemplo completo te lo hará comprender mejor. Si el primer sumando te proponen es el 5.927, puedes escribir inmediatamente el resultado, que será 25.925. (Como ves, no se ha hecho más que colocar un 2 a la izquierda y restar del número resultante dos unidades).

Supongamos que el segundo sumando que te proponen es el 3.281. Sólo tienes que escribir debajo del 3 un 6 (que es lo que le falta para valer 9); debajo del 2, un 7;

Escribir el resultado de una suma antes de conocer los sumandos

la consiguiente sorpresa que los lectores, que el próximo jueves, día 22, festividad de Jueves Santo, no se publicará EL PEQUE, aplazándose su aparición hasta el sábado, día 24 del actual.

Publicaré, entre otros originales de interés, un cuento educativo titulado «Paquin, el descontento», y una nueva aventura, del «Mago Cosquillas», aparte de las habituales secciones de colaboración infantil, revoltillo y la continuación de la novela de aventuras de Emilio Sagari, «La Jirafa Blanca».

No dejéis de adquirir vuestro número de EL PEQUE, el próximo sábado, día 24!

UNA advertencia

Estando en campaña el Rey Carlos I oyó un día a varios soldados hablar de su persona en malos términos.

Salíó de pronto de su tienda y les dijo:

—Camaradas: ¿por qué no os vais a otra parte a murmurar del Rey? Aquí estáis escuchando más remedio que castigaros.

SABIDURIA

—¿Dónde se pescan los cangrejos?—preguntó una señora a un pollito de los más elegantes.

—No lo sé a punto fijo, pero... ¿no son colorados?—Sí.

—Pues entonces de seguro los pescan en el mar Rojo.

CASCANUECES

(Viene de la pág. central.)

arrepentidos de no haberlo hecho por las buenas.

Y sin otras palabras se lanzó sobre el muñeco mecánico, que se dejó aporrear sin decir esta boca es mía y soltó la maquinilla a la primera embestida.

Cascanueces se sintió satisfecho con el preciado tesoro. Pero con los golpes que había dado a su inocente rival, los ladrones se creyeron descubiertos y salieron de la oficina arrojados hasta los dientes.

—Ocúltate detrás de mí—dijo Posturitas quedamente, indicándole con el gesto que no hiciese ruido.—Verás cómo nos divertiremos.

El mono arrepentido acababa de llegar y, al darse cuenta del peligro, tuvo una idea feliz para poner en fuga a los ladrones.

Cascanueces no rechazó, comprendiendo que algo gra-

UN GRAN FLECHAZO



Makoko ve cuatro ánares en vuelo tan uniforme, que parecen ensayados para guardar siempre la misma distancia entre ellos. Prepara su arco y dispara, con tan buena puntería, que con una sola flecha atraviesa a los cuatro.



Makoko despluma los ánares y los asa, sirviéndole de la misma flecha como asador... Y se da un buen banquete, como nunca pudo haber soñado.

Mister Goodfrey era cazador aficionado y viajero incansable.

Contábase de él portentosas aventuras cuyo escenario era siempre distinto. Unas veces perla con los osos blancos de las regiones árticas; otras, con los camibales del Congo; permitíase todos los veranos el pasar de pasar las vacaciones en la Patagonia y en septiembre se encontraba siempre en la India con el plan de cazar un tigre de Bengala con cuya piel obsesaba a su esposa.

Con tanto viaje es de suponer que su indumentaria variase. Sus maletas estaban repletas de fraldas, entre los que se contaban los de las cinco partes del mundo, variando el tamaño y peso de ellos, desde el que usaba en las Islas Hawai, formado por una guirnalda de flores, hasta el abrigo de pieles empleado por los esquimales de la Groenlandia.

En cierta ocasión mister Goodfrey cazó un mono muy simpático y le puso el nombre de Cascanueces por la habilidad que tenía el animalillo en quitarle la cascaca a ese fruto sabroso. Era de pequeño tamaño, no tanto como un tili, pero sí lo suficiente para que, sin molestia alguna, pudiese llevarlo nuestro hombre por todos los países que visitaba.

Cascanueces era muy inteligente y supo sacar provecho de la oportunidad que el destino le brindaba. Ya que había caído en manos de un ser humano, era necesario adaptarse a su manera de vivir, para no hacerle quedar poca asustada, fue imitando los gestos de su amo, que al verle se desentallaba de risa, llegando a vestir elegantemente, a fumar como las damas de la alta sociedad y a comer en la mesa de acuerdo con las reglas más refinadas.

Después de varios meses de danzar de un lado para otro y con la satisfacción de ser el primer mono que había dado la vuelta al mundo en tan corto plazo, Cascanueces llegó un buen día de mayo, con mister Goodfrey, a la residencia que aquel tenía en Londres.

He dicho un buen día, pero rectifico. En realidad, sólo fue un buen día por el sol, el cielo sin nubes y la temperatura ideal de primavera. Por lo que respecta a los sucesos que se desarrollaron ante el mono, no se podría decir lo mismo sin incurrir en exageración.

Imagínese que Lady Winters, la esposa del cazador, estaba indignada con él porque no había recibido noticias suyas durante un año.

Eres un mal marido—chilló—. Deberías avergonzarte de tenerme tan abandonada. Ni tan siquiera te has acordado de mandarme una docena de boas para darme algunos pares de zapatos y un bolso. He de presentarme en sociedad con el mismo abrigo que al año pasado, después de haber anunciado a mis amigas, según tú me habías dicho, que muy pronto vendría otro hecho con pieles de mariposas lindas. ¡Oh, qué desgraciada soy!

—Pero, mujer...—intentó decir

el inglés en tono persuasivo—, considera que...

—No quiero escucharte ni considerarte nada—interrumpió la enfadada lady, cuya voz esta vez tenía el sonido característico de las puertas cuyos goznes piden a gritos el aceite—. Has fallado a tu palabra y esto me basta.

Cuando lady Winters dio fin a sus palabras ofensivas, apareció en escena otro mono, bastante parecido a Cascanueces, aunque en justa ley que reconocier que ni su elegancia ni su trato social eran comparables a los de nuestro amigo.

—¡Ja, ja, ja!—rió el inglés de buena gana.

Y sacó a su compañero de aventuras, que hasta ese momento estuvo oculto debajo de su gabardina.

Al cruzarse las miradas de los dos monos, se produjo algo así como un choque. La frialdad existente entre los dos esposos debía hacerse extensiva a ellos, y celosos cada uno del dueño y del ama, no se estrecharon la mano como corresponde a gente bien educada. Por el contrario, se ocultaron en un rincón, y desde allí se observaron a hurtadillas con gesto de desconfianza.

—¿Cómo se llama el tuyo?—preguntó el inglés a su mujer.

—Posituras—contestó aquella de mal talante, aunque la presencia del recién llegado también le había hecho gracia—. ¿Y el tuyo?

—El mío acudirá siempre que le llames Cascanueces. Ya, verás cómo está bien educado y te tiene todos los respetos.

Cómo es de suponer, el pequeño disgusto que hubo entre los esposos duró lo que una nube de verano y aquella misma tarde hicieron las paces. Mister Goodfrey hacía mucho tiempo que no paseaba por las calles de Londres y tuvo un gran placer en hacerlo del brazo de su querida mujer-cita. Ilevaban los monos para que también disfrutasen del armisticio y pudiesen admirar los escaparates de la gran calle, diamantes de luz y de color.

Cascanueces no era rencoroso y buscó la compañía de Posituras, descaando que aquel correspondiese a su amistad. Pero Posituras era envidioso y la llegada de un elemento que le arrebatara una parte del cariño que había puesto en él su amiga, le molestaba profundamente.

Y por celos injustificados, la amistad entre los dos monos no fue sincera.

Cascanueces pasó una tarde delectosa. El hormiguero humano de la metrópoli nunca lo había visto en parte alguna. Ni tan siquiera enorme de vehiculos que con el ruido de sus bocanás formaban una música incesante.

Peró lo que más le cautivó fueron los escaparates, donde el ingenio de los humanos se manifestaba en su máxima expresión de buen gusto.

Frente a uno de ellos estuvo con mister Goodfrey y lady Winters un buen rato para ver el efecto que causaba en los monos

CASCANUECES

¡¡¡ CUENTO CON JUGUETE RECORTABLE !!!

INSTRUCCIONES

Trábase de un muñeco metálico de su misma raza, que tenía en la mano una máquina de cortar y elevaba metódicamente un movimiento con el que se movía verticalmente. Su rostro, vuelto estaba rasurado por aquella parte, donde la hoja de acero hacía contacto con su piel, demostrando con su fisonomía, apacible que no sentía el más ligero dolor. Con dicha figura trataba de demostrar el cuidado que había de la insuperable calidad de las hojas que representaba, y eran tan graciosos los movimientos

Péguese sobre un cartón delgado y recórtese cuidadosamente. Tómense las dos piezas que representan el cuerpo y cabeza del mono y péguense una con otra de manera que resalte una sola pieza con dibujo en sus dos caras. Colóquense los brazos y piernas en sus correspondientes sitios, uniéndolos al cuerpo con alfileres, que luego remacharéis o doblaréis, para que no se salgan. Y, hecho esto, sólo os faltará practicar los agujeros indicados en las manos de Cascanueces, y pasar por ellos un palo muy delgado, procurando que ajuste perfectamente. Dando vueltas a este palo, veréis cómo el mono hace unas acrobacias muy graciosas.

los del mono, que la afluencia de público ante el escaparate era consistente durante toda la jornada.

Cascanueces se sintió intrigado ante aquel personaje de su misma familia que parecía estar a sueldo de los Lombres.

—¿qué demonios debe hacer todo el día dentro de esta vitrina?—murmuraba rascándose la cabeza.—Al parecer siente una gran satisfacción cada vez que levanta el brazo. ¡Si se haría cosas en la carni!...

Para Posituras no era una novedad el anuncio mecánico. Su ama le había sacado a pasear

durante muchos días y tuvo ocasión de contemplarlo a placer. Además, no estaba el para parte de la gracia que le hacía ver al mono con media cara rasurada.

Ya hemos dicho al lector que nuestro amigo Cascanueces era muy curioso y gustaba de imitar todo lo que hacían los hombres. Pero nunca tuvo ocasión de ver a mister Goodfrey atañéndose, seguramente, porque aquel procedimiento ocultaba a su mirada la parte gruesa navaja, se desollaba. ¿Cómo no sentirse acuciado ante el juguete mecánico si a pesar de no permitirle a la raza superior de su amo sabía hacer algo que para él era un secreto?

—No, no puede ser!—decía en voz alta, como hablando consigo mismo, al regresar a su casa. He de saber qué tiene en la mano aquel mono, y si me gusta, me lo quedare. ¡Pues no faltaba más!

Sus palabras fueron escuchadas por Posituras y, dejándose llevar por su rencor, maquinó el plan encaminado a librarse del rival que con su llegada le quitaba el puesto de preferido en la casa de los ricos señores.

—No te apures—le dijo al oído.—Esta noche puedes penetrar en el establecimiento.

—¿Crees que es fácil?—Para mí, sí, porque conozco el camino. Si quieres te lo indicare y luego tú te arreglas con el mono de la tienda.

—¿Es que no te gustaría a ti hablar con él y conocer su vida? A lo mejor ha nacido en el mismo país que nosotros y es casi de la familia.

—¡Bah!—exclamó Posituras despectivamente.—Eses son cosas para románticos. Prefiero quedarme en casa fumando un rato y escuchando la radio. De todas maneras va a le dicho que puede acompañarme en prueba de la amistad que nos une.

Al hablar así menta, descaadamente, porque los móviles de su acción no eran otros que meter en un botejal a Cascanueces y provocar su ruina. Pero aquel cayó en la trampa, y confiado en sus palabras, aceptó la proposición.

Cuando mister Goodfrey y su esposa se retiraron y descaaron, los dos salieron cautamente de su habitación y procurando no hacer ruido, saltaron al jardín.

Un momento después se encontraban en la calle y Cascanueces se dejaba guiar por el falso amigo.

El establecimiento donde se encontraba el juguete mecánico que tanto impresión causó en el primero, no estaba lejos y en pocos minutos se encontraron frente a la puerta metálica estaba cerrada, pero Posituras se fijó en una pequeña abertura que existía en un ángulo de la fachada y sugirió que por allí era fácil entrar.

—No pierdas el tiempo—le dijo a Cascanueces.—Salta en seguida, sobre mis espaldas y nábrás logrado lo que tanto deseas. El mono tenía algún reparo en hacer lo que le decía el falso ami-

go, pero su vacilación duró poco, y al recordar que tenía que pelearse por el escape por el muro y ramó rápidamente un instante después por el agujero.

Posituras se frotó las manos con satisfacción y murmuró:—¡Estupido! ¡Ya sabrás lo que cuesta penetrar en casa ajena!

Iba ya a retirarse cuando un extraño ruido le llamó la atención. Su poco tranquila cooperación le hizo oír que para saber a qué obedecía, y pudo ver cómo dos sujetos de mala garbatura, se detienen frente al establecimiento y, después de observar en todas direcciones, se dedicaban a forzar la cerradura de la puerta metálica.

—¡Son ladrones!—murmuró Posituras.

Y en segunda pensó en las fatales consecuencias que podían derivarse para el curioso Cascanueces de un encuentro semejante.

Lentamente deslizo el camino intentando olvidar el incidente, y creyó ocuparse de lo que podía suceder a Cascanueces. Al fin y al cabo, ¡qué le importaba a él la vida del recién llegado! Pero, cada vez caminaba más despacio, hasta que llegó a detenerse. Y de pronto, como si desearan sentirse al mismo tiempo buenos sentimientos dormidos por los celos corrió nuevamente hacia la tienda, murmurando:—¡Oh, no! ¡No me lo perdona nada nunca! He de ayudarle en este difícil trance.

Cascanueces había penetrado en el establecimiento y en pocos segundos pudo llegar hasta el escaparate donde trabajaba el mono no anunciador. Aquel se hallaba inmóvil como una estatua, y si bien seguía en su derecha, a su izquierda de arañar, tenía quieto el brazo y no se la pasaba por el rostro, como lo hacía durante la tarde.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Cascanueces.—¿Es que estás cansado de hacerle cosas?—El silencio fue la única respuesta que obtuvo el mono. —¿Te has vuelto mudo?—preguntó un poco amosado.—Al fin y al cabo no creo que puedas desprecarme, porque soy de tu misma raza, y además sólo quiero probar una vez. Si me gusta, le diré a mi amo que compere un aparato igual.

Como es natural, el juguete mecánico siguió impasible. Cascanueces no tenía mucha paciencia, y sintió que se encolerizaba sin tener tiempo de contar hasta diez.

Y tan interesado estaba en conocer la maquinaria de su amigo, que no reparó en que la puerta metálica se levantaba, un poco y dejaba paso a dos hombres—los mismos que había visto poco antes Posituras—. Afortunadamente, tampoco ellos estaban para fijarse en detalles de poca importancia, y siguieron hacia el interior del establecimiento con ánimo de llegar a la oficina y apoderarse del dinero.

—¿Conque no me quieres atender, eh?—gritó el simio en el colmo de la ira.—Pues quizás te

(Pasa a la sexta página.)

